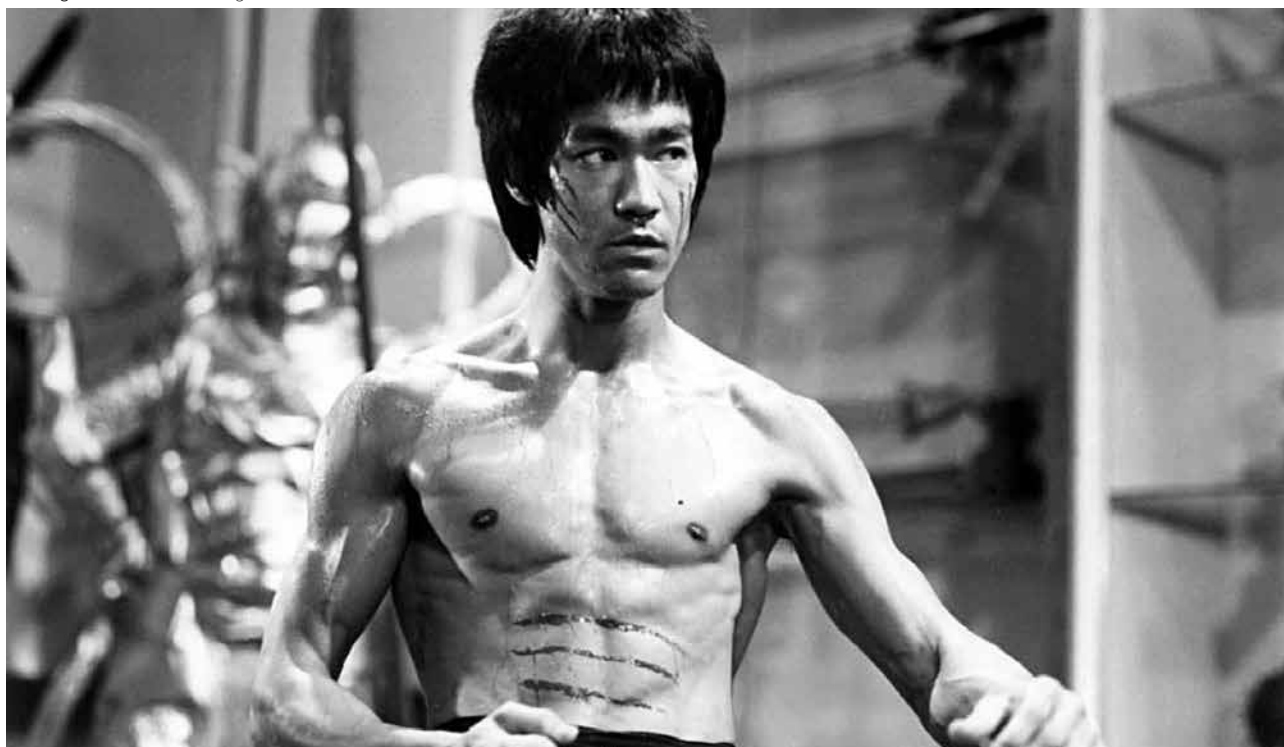


El estilo del Dragón

Ramón Castillo

Fotogramas de *Enter the Dragon*

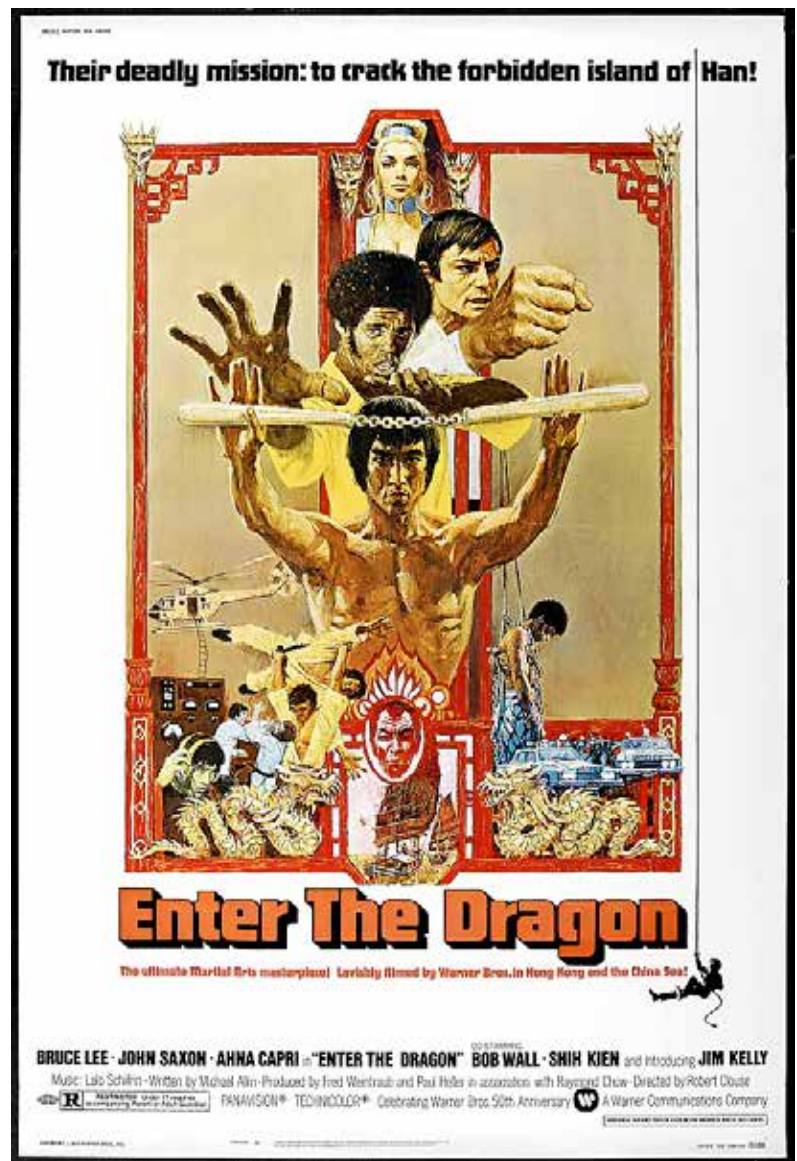


1973 FUE UN GRAN AÑO. DOCE MESES que transcurrieron cargados de variados y significativos hechos en diversas coordenadas terrestres. En aquel periodo un fortísimo temblor sacudió Orizaba, Córdoba, Río Blanco y otras entidades de Veracruz; George Foreman le propinó una espantosa y humillante paliza a Joe “Smokin” Frazer en Jaimaca, quitándole no sólo la dignidad sino el campeonato del mundo; ese mismo año se inauguró el célebre WTC, que años después sucumbiría un once de septiembre; también, murieron José Gorostiza, Pablo Picasso, Germán Genaro Cipriano Valdés Castillo, mejor conocido como “Tin Tan”, Pablo Neruda, Salvador Allende y nuestro segundo Rey Poeta (el primero fue, por supuesto, Nezahualcóyotl), José Alfredo Jiménez.

Operación dragón
Dirección de Robert Clouse
Hong Kong, 1973, 98 minutos

Al otro lado del mundo, en Hong Kong, para ser exactos, en ese agitado 1973, un 20 de julio falleció de manera inesperada Lee Jun-Fan, quien entonces contaba con tan sólo 32 años de edad. Una semana después de su escape de este plano terrenal, fue estrenada la que es considerada su mejor película y la cinta que lo catapultó definitivamente al estrellato mundial. Por supuesto, Bruce Lee, como muchos de los grandes mitos de la constelación de astros populares, debe buena parte de su fama a que ésta fue póstuma y a que, además, como diversos ídolos de masas de la talla de James Dean o Jesucristo, murió joven y de manera dramática. Como se evidencia, esto último, condiciona, necesariamente, lo primero.

Operación dragón se estrenó el mismo año que lo hicieron también *La gran comilona*, de Marco Ferreri; *El dormilón*, de Woody Allen; *El exorcista*, de William Friedkin y *El golpe*, de George Roy Hill, con Paul Newman y Robert Redford como protagonistas. Es decir, estamos ante una pléyade de grandes y memorables filmes que dejaron su marca en aquel 1973. *Operación dragón* fue, pese a ser una cinta de factura y propuesta menor que las mencionadas anteriormente, un impacto de taquilla tan fuerte e inesperado como un puñetazo en el rostro propinado por el maestro Lee. Quizá la muerte de su protagonista tuvo mucho que ver, una muerte en la que todo tipo de especulaciones se colaron y que, hasta la fecha, sigue alimentando rumores, fantasías



y versiones de todo tipo. Después de todo, aquel que parecía invencible a los ojos del mundo sucumbió de una manera por demás desconcertante.

Lo cierto es que *Operación dragón* es una joya indiscutible de la cinematografía de las artes marciales y, por si fuera poco, una de esas piezas de cine de culto en las cuales sus defectos ensalzan sus virtudes, desplegando su influencia cual macanazos repartidos por la implacable dureza del nunchaku. Quentin Tarantino, por ejemplo, sin Sergio Leone y Bruce Lee jamás podría haber hecho épicas como *Kill Bill*, un guiño a *Game of the Death*, la película que quedó trunca y que con malos artilugios fue estrenada sin Bruce de manera igualmente póstuma, en la que viste el famoso traje amarillo que, para ser honestos, luce mucho mejor en la delgada pero sinuosa anatomía de Uma Thurman.

Enter the Dragon, nombre original de la cinta, comienza con un posicionamiento claro, es decir, afirmando que toda película de acción debe, necesariamente, empezar con una buena pelea. En este caso, Bruce Lee se enfrenta ante un rechoncho oponente quien sólo le sirve como saco de golpeo. La tónica queda establecida. Nada ni nadie va a poder contra nuestro avisado héroe. Luego viene una escena clásica en donde maestro y alumno entrecruzan palabras, más un examen socrático que conversación entre iguales, donde se trasluce el fondo místico que popularizó el cine comercial alrededor de las artes marciales, ese fondo espiritual que se encuentra allende nuestra puerca existencia, superior a cualquier ligereza occidental, esa visión tan diluida y parodiada que, al mismo tiempo, es el gran hallazgo que impregna el característico halo contemplativo, profundo y sabio que, al parecer, sólo las artes marciales pueden otorgar a sus practicantes más excelsos. Los Polivoces, en sus sketches del Maestro y el Pequeño Saltamontes, remedo del programa norteamericano *Kung Fu*, chacotearon con maestría a propósito de tales reflexiones.

Pero volvamos a la escena de *Enter the Dragon*. Mientras caminan por un idílico paraje herbal, el cejijunto y canoso maestro le pregunta a Lee cuál es la técnica máxima que como peleador es preciso dominar. El alumno responde, dueño de sí mismo, que la máxima técnica es no tener técnica. Y, ¿cuáles son los pensamientos que se tienen al enfrentar a un enemigo?, inquiera el sabio Shaolín. A lo que el valiente guerrero dice: “Que no hay oponente”, “Y, ¿por qué no?”, “Porque la palabra Yo no existe”, “Continúa”, y el maese Bruce se explaya en su exposición referente a la ligereza, la sagacidad y la inteligencia. Un juego de intuición y baile, donde el resultado de la pelea no es lo importante sino la manera en que tal solaz se lleva a cabo.

Como se puede sospechar, los momentos calmos de la película son paréntesis arbitrarios para introducir

deliberaciones que, según se dice, Bruce Lee insistía en incorporar, intentando con esto darle una dimensión menos plana al producto final. Son bien recordadas las enseñanzas que Bruce, ahora como maestro, regala a un pequeño alumno sobre el arte del combate. A punta de zapes pedagógicos o, en palabras más actuales, estímulos educativos, Lee enseña a su educando que en el kung fu, como en la vida, es más importante sentir que pensar. De igual forma, su pelear sin pelear, otra de esas frases peliagudas soltadas a lo largo de toda la película, queda como prueba de ese estilo sin estilo que tenía Bruce Lee y que le hizo destacarse como irreplicable.

Operación dragón es una piedra de toque para que posteriores filmes como *Contacto sangriento*, *Nico* y hasta el *Karate Kid*, fueran los íconos culturales con los que creció una camada de adoradores de las artes marciales, las películas escasas de diálogo y abundantes en sangre y moretones. Sin duda, las generaciones nacidas en los setenta, y décadas siguientes, pasaron necesariamente, casi como en un ritual de iniciación, por algún curso de Tae Kwon Do, Kung Fu, Aikido o Judo, inspirados sin duda por la imagen sudorosa y definida de los músculos de aquel flaco peleador que revolucionó el cine de acción. Las peleas de todas las películas protagonizadas por aquel dragón de bolsillo, diseñadas por el mismo Bruce, son portentos de ejercicio y fuerza sin rebuscamiento, flexibilidad muscular y sincronía en lugar de efectos especiales, así como de una violencia que no se antoja nunca como necesaria sino como adyacente al destino de los hombres.

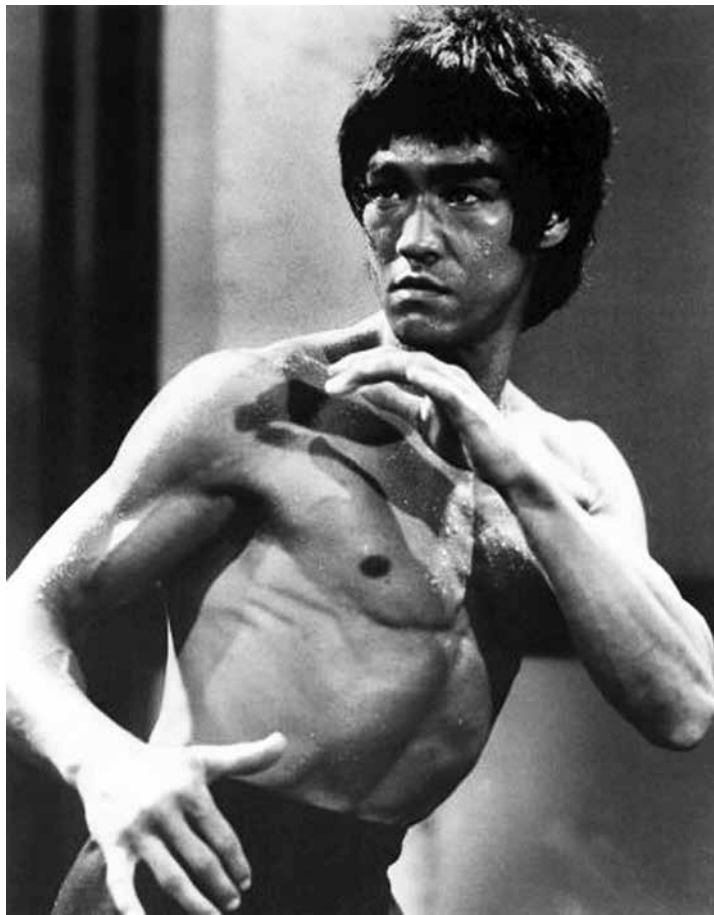
Bruce Lee no incita a los golpes, antes bien, sostiene que lo suyo es más una coreografía, un baile y un divertimento que una exaltación de la crueldad. No en vano admiraba el vuelo ligero de Muhammad Ali sobre el encordado pugilístico. Sin embargo, no tiene empacho en propinar, al interior del mítico Coliseo romano, una severa madriza al peludo y arrogante Chuck Norris. Sí, ese que en Internet se ha vuelto,

de forma paródica, un sinónimo de fuerza, superpoderes y atributos cuasi divinos. Sepan, ingratos, que Bruce Lee, en *Way of the Dragon*, conocida como *El regreso del dragón*, le enseña de manera soberbia a Norris unos cuantos pasos de baile que nunca olvidará ese karateca republicano. Me gusta imaginar los escenarios de lo imposible hecho realidad. Así, pienso que si John Lennon estuviera vivo, McCartney no habría inaugurado los Juegos Olímpicos de Londres, y que si Bruce Lee siguiera en este mundo, Chuck Norris no sería el amo del universo en las redes sociales.

Lo que finalmente importa es la manera como *Operación dragón* subraya un punto en el que las cosas ya no fueron igual para el celuloide y para la industria de consumo a nivel mundial. Tanta influencia ha tenido Bruce Lee en este planeta que su figura todavía es un imán de ventas, sus películas son clásicos modernos y el género que ayudó a definir sigue siendo revisitado por directores como Tarantino.

Irrepetible y memorable es la secuencia final de *Operación dragón* donde Lee se enfrenta ante el malvado, perverso y aborrecible Han. Un villano a la vieja usanza, unidimensional y, sin embargo, por eso mismo tan entrañable. No obstante, indefectiblemente, uno no puede hacerse aliado de Bruce y sentir la claustrofobia del laberinto de espejos, que habría sido la delicia de Borges, donde pelea una lucha a muerte con la garra abyecta del maloso traficante de opio y organizador del torneo clandestino que ha convocado en su isla secreta. Las escenas ya históricas de Bruce Lee, con un arañazo en el pecho y escuchando la voz en *off* de su maestro que le dice que para vencer debe destruir el engaño que las imágenes suscitan, son, con justo merecimiento, una postal imborrable dentro de la historia narrada en 24 cuadros por segundo.

Tras su muerte, decenas de clones salieron hasta debajo de las piedras para interpretar películas casi copiadas, y peor hechas, de las estelarizadas por Bruce;



de tal suerte que el estilo y la temática de tales filmes ha llegado a cumbres tan estrambóticas como la infame *Mercenarios de la muerte*, película mexicana que mezcla de manera hartó azarosa el *western* y las artes marciales, con participación de Emilio “El Indio” Fernández, y comprueba con desmesura que a nuestro país, como dijera Terencio, nada humano le es ajeno.

Somos, entonces, con cada aullido de kung fu al matar una mosca, con cada pretendido movimiento de rapidez y agilidad, con cada una de nuestras luchas diarias, con cada uno de estos actos ínfimos, herederos del gran Bruce Lee, aquel hombre que inventó su propio método de defensa corporal, estudió filosofía, fue estrella de cine, ídolo de generaciones, maestro de muchos y, sobre todo, figura a imitar cuando nos veíamos en un espejo, y sintiéndonos parte del póster promocional de *Operación dragón*, soñábamos con derrotar a Han. El tiempo, y las leyes de la física, a la larga se impusieron y sólo nos han permitido escribir unas cuantas palabras para celebrarlo a 40 años de su muerte tras la decepción de nunca tener la flexibilidad, disciplina y genética para ser un maestro shaolín del kung fu. ■■■